


$$\sqrt{\frac{(x^2 - y^2)(3z + 2x - y^3)}{a^2 + b^3}}$$

$$= (a^3 + b^2 + xa + ya)(x^3 - b^2)$$

GEEK GIRL

De friki a chic.

Reinventarse
no es tan fácil



$$\frac{x^3 - y^2}{\sqrt{2}} = 2$$

$$\sqrt{2} = 2$$



HOLLY SMALE

DESTINO

GEEK GIRL

HOLLY SMALE

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2015
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Geek Girl*
© de la traducción, Patricia Valero Mous, 2014
© Holly Smale, 2013

© Editorial Planeta S. A., 2015
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: marzo de 2015
ISBN: 978-84-08-13866-2
Depósito legal: B. 3.374-2015
Impreso por Huertas Industrias Gráficas, S. A.
Impreso en España – Printed in Spain

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Me llamo Harriet Manners y soy una friki o una geek, que viene a ser lo mismo.

Sé que soy una geek porque lo acabo de buscar en el diccionario. He puesto una crucecita al lado de los síntomas que reconocía y creo que los tengo todos. Lo cual —debo reconocer honestamente— no me ha sorprendido demasiado. El hecho de que tenga el diccionario en mi mesilla de noche ya debería haber sido una pista. Que tenga un lápiz del museo de Historia Natural y una regla al lado del mismo para poder subrayar las entradas más interesantes sin torcerme tendría que haber sido otra.

Ah, y también está la palabra **GEEK** escrita en rotulador rojo en el bolsillo exterior de mi cartera. Eso pasó ayer.

No lo escribí yo, claro. Si yo misma decidiese pintarrapear un objeto de mi propiedad, escogería alguna frase impactante de un libro realmente bueno, o un hecho que no demasiada gente conociese. Y, sobre todo, no lo escribiría en rojo. Lo haría en negro, en azul o incluso en verde. No



soy una gran fan del color rojo, aunque sea el que tiene la mayor longitud de onda dentro del espectro visible por el ojo humano.

Para ser totalmente franca contigo, debo decir que no tengo ni idea de quién decidió escribir en mi cartera —aunque tengo mis sospechas—, pero puedo confirmar que su letra es casi indescifrable. Sin duda no debía de estar escuchando en clase de lengua el otro día cuando nos dijeron que la escritura es una forma muy importante de expresión del yo. Lo cual es casi mejor, porque así si encuentro un rotulador del mismo tono quizá pueda escribir una R entre la G y la E, cambiar la segunda E por una C, y agregar una C, una I y una A. Y así podré insinuar que se trata de una referencia a mi interés por la historia antigua y, posiblemente, el queso griego.

Personalmente prefiero el cheddar, pero bueno, nadie tiene por qué saberlo.

En fin, para resumir: como parece que mi cartera, el gamberro anónimo que la pintarrajeó y el diccionario coinciden, sólo puedo concluir que soy, en efecto, una geek.

¿Sabes que hace varios siglos la palabra «geek» se empezó a utilizar para designar a una persona que participaba en los carnavales y cuya actuación consistía en arrancar la cabeza de un mordisco a un pollo vivo, una serpiente o un murciélago?

En efecto. Sólo un geek sabría una cosa así.

Creo que esto es lo que llaman ironía.

2

Ahora que ya sabes quién soy, vas a querer saber dónde estoy y lo que hago, ¿no? Personaje, acción y escenario: así es como se construye una historia. Lo leí en un libro que se titula *Cómo se construye una historia*, escrito por un hombre que no ha escrito ninguna historia por el momento, pero que sabe exactamente cómo las escribirá cuando éste llegue.

Bien.

Ahora mismo estamos en diciembre, estoy en la cama —sepultada bajo unas catorce mantas— y no estoy haciendo nada más que empezar a notar un poco más de calor a cada segundo que pasa. En realidad no es que quiera alarmarte ni nada, pero a mí me parece que me estoy poniendo enferma. Tengo las manos sudorosas, el estómago revuelto y estoy mucho más pálida que hace diez minutos. Además, me veo una especie de cosa en la cara que sólo podría describir como un... sarpullido. Tengo pequeños granitos rojos repartidos de forma totalmente aleatoria y sin ninguna simetría en la frente y las mej-



llas. Y uno muy gordo en la barbilla. Y otro justo al lado de la oreja izquierda.

Me echo otro vistazo en el espejito de mano que tengo en la mesilla y suspiro todo lo alto que puedo. No hay duda: estoy MUY enferma. No estaría bien arriesgarse a contagiarle esta peligrosa infección a alguien con un sistema inmunitario probablemente menos resistente. Creo que tendré que luchar contra la enfermedad yo solita.

Todo el día. Sin ir a ningún sitio.

Sorbiéndome los mocos, me arremolino bajo las mantas un poco más y miro el reloj que tengo en la pared de enfrente (es muy guay: todos los números están pintados en la parte de abajo como si se hubiesen caído, aunque eso quiere decir que cuando tengo prisa debo adivinar más o menos qué hora es). Entonces cierro los ojos y cuento mentalmente:

10, 9, 8, 7, 6, 5, 4, 3, 2...

Y en ese preciso instante, con su absoluta puntualidad habitual, la puerta se abre y la habitación parece estallar: pelo y bolso y abrigo y brazos por todas partes. Como una especie de chicabomba. Ahí está, como por puntual arte de magia, Nat.

Nat —para que quede claro— es mi mejor amiga, y estamos tan sincronizadas que es como si tuviésemos un solo cerebro dividido en dos al nacer. O (más bien) dos cerebros entrelazados poco después de nacer. Aunque en realidad no nos conocimos hasta que teníamos cinco años, así que estoy hablando metafóricamente, porque si no estaríamos muertas.

Lo que intento decir es: estamos muy unidas. Funcionamos en perfecta armonía. Somos una y la misma. Somos

como un perfecto flujo de conciencia, sin ninguna confrontación de por medio. Trabajamos en perfecta e incondicional sinergia. Como dos delfines que saltan exactamente al mismo tiempo y se pasan la pelota en el delfinario del zoo.

En fin. Nat pone un pie en la habitación, me mira y entonces se para y pone los brazos en jarras.

—Buenos días —gruño desde debajo de las mantas, y al tiempo empiezo a toser con violencia. La tos humana expulsa el aire a unos 95 kilómetros por hora, pero, sin pretender sonar demasiado vanidosa, creo que la mía ha alcanzado los 105 o 110 como mínimo.

—Ni lo sueñes —salta Nat.

Paro de toser y la miro con mis mejores ojos de cervatillo indefenso y confundido.

—¿Mmmm? —inquiero con inocencia. Y empiezo a toser de nuevo.

—Lo digo en serio. Ni se te ocurra siquiera soñar con ello.

No tengo ni la más remota idea de qué me está hablando. La fiebre me debe de estar afectando el cerebro.

—Nat —digo casi sin fuerzas, cerrando los ojos y tocándome la frente con la mano. No soy más que la sombra de la persona que fui. Apenas un espectro—. Tengo malas noticias.

Abro un ojo y echo un vistazo por la habitación. Nat sigue ahí, con los brazos en jarras.

—Deja que lo adivine —dice con voz cortante—. Estás enferma.

Le dedico una sonrisa débil pero valiente, del tipo que

Jane le dedica a Lizzie en *Orgullo y prejuicio* cuando está en la cama con un resfriado de órdago, pero que lleva con mucha dignidad.

—Me conoces tan bien —le digo afectuosamente—. Es como si tuviéramos una única mente, Nat.

—Pues la tuya no debe de andar muy fina si te crees que no estoy a punto de arrastrarte fuera de la cama agarrada por los pelos. —Nat avanza unos pasos hacia mí—. Además, quiero que me devuelvas el pintalabios —añade.

—¿Qué pintalabios? —pregunto carraspeando.

—El que has usado para embadurnarte toda la cara.

Abro la boca y la cierro de nuevo.

—No es pintalabios —digo con una vocecita muy tenue—. Es una infección muy contagiosa.

—Pues tu infección contagiosa es muy... brillante, Harriet, y da la casualidad que hace juego con el tono de mis zapatos nuevos.

Me sumerjo un poco más en la cama de forma que sólo se me vean los ojos.

—Las infecciones han avanzado mucho hoy en día —pronuncio con toda la dignidad de la que puedo hacer acopio—. Algunas hasta son extremadamente sensibles al reflejo de la luz...

—Ya, ¿y tienen pequeños destellos dorados?

Levanto la barbilla con aire desafiante.

—A veces, sí... —Nat chasquea la lengua y pone los ojos en blanco.

—Vale. Y de repente tu cara ha empezado a exudar polvos de talco blancos, ¿no?

Estornudo con rapidez. Ay, jopelines.

—Es que es importante mantener la piel de la gente en-

ferma lo más seca posible —digo lo más desenfadadamente que puedo—. La humedad puede hacer que las bacterias se desarrollen.

Nat suspira de nuevo.

—Sal de la cama, Harriet.

—Pero...

—Sal de la cama.

—Nat, yo...

—Sal. Ahora.

Miro bajo la colcha presa del pánico.

—Pero ¡si no estoy lista! ¡Estoy en pijama! —Voy a hacer un último intento a la desesperada—. Nat —digo, cambiando de táctica y usando mi voz más seria y profunda—, no lo entiendes. ¿Cómo te sentirás si te equivocas? ¿Cómo podrás soportar seguir viviendo con ello? ¡Puede que me esté muriendo!

—En realidad, tienes razón —asiente Nat, y se acerca un par de pasos más hacia mí—. Lo estás. Estamos literalmente a pocos segundos de que te mate, Harriet Manners. Y si eso ocurre, seguiré viviendo con ello sin ningún tipo de remordimiento. Y ahora, sal de la cama, pequeña impostora.

Y antes de que pueda impedírselo, Nat se acerca a la cama y me quita las mantas de un tirón.

Hay un largo silencio.

—Pero ¡Harriet! —exclama al final Nat con una voz a la vez triste y triunfadora.

Porque estoy tendida en la cama totalmente vestida y con los zapatos puestos. Y en una mano tengo un bote de talco y en la otra un pintalabios rojo brillante.

3

Vale, he mentido un poquitín de nada.

Bueno, dos poquitines, de hecho. Nat y yo no estamos para nada en perfecta armonía. Definitivamente estamos muy unidas, y definitivamente pasamos todo el rato juntas, y definitivamente nos adoramos, pero ahora hay momentos en los que veo que hemos crecido de forma distinta y nuestros intereses y pasiones también difieren un poquitín.

O, mejor dicho, un «muchín».

Eso no quiere decir que hayamos dejado de ser inseparables, obviamente. Somos Mejores Amigas porque a menudo nos hacemos reír la una a la otra, tanto que incluso una vez hice que le saliese zumo de naranja por la nariz (y que cayese en la alfombra blanca de su madre, lo que nos hizo parar de reír bastante rápido, de hecho). Y también porque me acuerdo de cuando se hizo pis en la clase de ballet, a los seis años, y porque ella es la única persona en el mundo mundial que sabe que todavía tengo un póster de dinosaurios pegado en el interior de la puerta del armario.

Pero estos últimos años, definitivamente ha habido al-



gunos minúsculos puntos en los que nuestros deseos y necesidades han entrado un poquitín en... conflicto. Y por eso es por lo que puede que haya dicho que estaba un poquitín más enferma de lo que estaba realmente esta mañana, que en realidad era... no mucho.

O nada de nada, de hecho. Me siento estupendamente.

Y es por lo que Nat pierde un poco la paciencia cuando corremos hacia el autobús del colegio tan rápido como mis piernas consiguen llevarme.

—¿Sabes qué? —dice Nat suspirando mientras espera que la alcance como por undécima vez—. Me tragué ese estúpido documental sobre la Revolución rusa por ti la semana pasada y duraba como cuatrocientas horas. Lo mínimo que puedes hacer es acompañarme a la Oportunidad Educativa de Visionado de Textiles desde una Perspectiva Íntima del Consumidor.

—O sea, a ir de compras —digo poniendo morros y los brazos en jarras—. Se llama ir de compras.

—Eso no es lo que pone en el prospecto. Es una excursión del instituto, así que tiene que tener algo educativo.

—No —resoplo—, no lo tiene. —Nat se para otra vez para que la alcance—. Se trata sólo de ir de compras.

Si he de ser franca, creo que tengo razón. Vamos a una especie de Feria de la Moda en Birmingham. Y supongo que se llama así porque es una feria. En la que venden ropa. En Birmingham. Y te dejan comprarla. Y que luego te la lleves a casa.

Algo que también se suele llamar «ir de compras».

—Será divertido —dice Nat desde unos metros más adelante—. Tienen de todo, Harriet. Todo lo que cualquiera podría desear.

—¿Seguro? —pregunto con la voz más sarcástica de la que soy capaz, teniendo en cuenta que corro tan rápido que me falta el aliento y estoy a punto de emitir un chirrido—. ¿Tendrán un cráneo de tricerátops?

—No...

—¿Tendrán un modelo a escala real del primer avión pilotado?

—Probablemente no...

—¿Y tendrán un manuscrito original de Shakespeare con unos guantes blancos al lado para que puedas tocarlo sin estropearlo?

Nat lo piensa.

—Creo que es poco probable que tengan algo así —admite.

—Pues entonces no parece que tengan todo lo que yo deseo, ¿no?

Cuando llegamos a la puerta del autocar casi no puedo ni respirar. No lo entiendo: las dos hemos corrido la misma distancia y las dos hemos utilizado la misma cantidad de energía. Yo soy un centímetro más baja que Nat, así que tengo menos masa que mover, más o menos a la misma velocidad (de media). Hemos tomado el mismo número de clases de gimnasia. Y aun así, pese a las leyes de la física, yo estoy resoplando y tengo la cara casi lila, y Nat apenas si brilla un pelín por el sudor y sigue siendo capaz de exhalar el aire por la nariz.

A veces la ciencia no tiene ni pies ni cabeza.

Nat empieza a aporrear la puerta del autocar, presa del pánico. Llegamos tarde (gracias a mis excelentes dotes interpretativas) y parece que la clase está a punto de marcharse sin nosotras.

—¡Harriet! —me chilla Nat volviéndose hacia mí mientras las puertas empiezan a emitir unos ruidos como de succión, como si se estuviesen besando—. El zar Nicolás II fue derrocado por Lenin en 1917.

Pestañeo sorprendida.

—En efecto —digo—, así fue.

—¿Y tú crees que a mí me hace falta saber eso? ¡Si ni siquiera entra en el programa para el examen! Nunca tendría que haberlo sabido. Así que ahora te toca a ti escoger un montón de pares de zapatos y decir muchos ¡ooohs! y ¡aaahs! para mí, porque Jo ayer comió gambas y es alérgica a las gambas y se ha puesto enferma y no ha podido venir y yo no me voy a pasar cinco horas sentada sola en este autocar. ¿Vale?

Nat suspira profundamente y mira mis manos con cara de disgusto. Soy una persona muy muy egoísta. También soy una persona muy... brillante: mis manos no paran de brillar, estando como están cubiertas de pintalabios brillante con destellos dorados...

—Vale —digo flojito—. Lo siento, Nat.

—Estás perdonada. —Las puertas del autocar se abren finalmente—. Ahora entra en el bus y haz ver por un día de tu vida que tienes el menor, minúsculo, interés por el mundo de la moda.

—Vale —digo, aún más flojito si cabe.

Porque, por si acaso aún no lo has deducido a estas alturas, esto es lo que nos separa sobre todo a Nat y a mí: que no lo tengo.